

EDITORIAL POLÍTICA A PALO SECO

LEONARDO PÁEZ VANEGAS,
DIRECTOR DE LA ESCUELA DE DISEÑO POLITÉCNICO GRANCOLOMBIANO

leopaezv@poligran.edu.co

En diciembre de 2025 medios de comunicación registraron una noticia que para muchos pasó desapercibida dentro de la avalancha informativa propia del remate de un año infestado de toda clase de acontecimientos, en su mayoría lamentables.

En una decisión aparentemente trivial, el gobierno federal de los Estados Unidos ordenó el cambio de la tipografía Calibri utilizada en todos los documentos oficiales del Departamento de Estado por la tradicional Times New Roman, abolida en 2023 durante la administración Biden por considerar que Calibri ofrecía mejores prestaciones para aquellas personas con dificultades de visión o problemas de lectura.

Según fuentes citadas por el diario *The New York Times*, este cambio se origina en el hecho de que, a juicio del actual gobierno estadounidense, la tipografía Calibri promueve la ideología “woke” vinculada con nociones como la diversidad y la inclusión, abiertamente antagónicas con los principios del actual mandato republicano. El regreso de la Times New Roman, al decir del Secretario de Estado de los Estados Unidos, Marco Rubio, “restaurará el decoro y el profesionalismo en el trabajo escrito del departamento”.

Tradicionalmente, las modificaciones relacionadas con algunos usos tipográficos institucionales se habían dado a partir de consideraciones técnicas, relacionadas con

argumentos como los esgrimidos en su momento por el gobierno demócrata o motivadas por cambios tecnológicos que imponían ese relevo. Sin embargo, en este caso estamos ante una decisión que apela a una postura política que deslegitima una decisión basada en tesis sólidamente fundamentadas.

Calibri, fue diseñada en 2005 por Lucas de Groot, diseñador tipográfico de la famosa fundición Monotype y adoptada en 2007 como tipografía predeterminada para las aplicaciones Microsoft en reemplazo de la mítica Arial. De acuerdo con la descripción de Groot, Calibri fue creada con el fin de mejorar la experiencia de lectura en pantalla para aquellas personas con dificultades de visión, quienes percibían de manera distorsionada los remates de tipografías con Times New Roman, especialmente en tamaños pequeños, escenario

en el que Calibri ofrece mejores condiciones para lectores de la tercera edad.

Aunque esta noticia llamó la atención en el mundo tipográfico dadas las condiciones en las cuales se produjo, vale decir que no es la primera vez que política y tipografía entrecruzan sus caminos.

A lo largo de la historia, desde la aparición de la escritura hasta su posterior desarrollo y sistematización con la imprenta de tipos móviles, la palabra escrita ha estado ligada al ejercicio del poder y muchas grandes civilizaciones le deben su auge e inmortalidad como herramienta de dominio cultural. Ya en la Edad Media el padre fundador de la Europa moderna, Carlomagno, dispuso la implementación de la caligrafía cuya denominación honra a este inigualable personaje: la escritura Carolingia se convirtió en el primer

estándar de escritura reconocido y le dio una identidad escrita a la Europa feudal. Más tarde esta forma de escritura le daría vida a las actuales minúsculas, pero trascendería como parte del esfuerzo unificador de Carlomagno, aún en tiempos en los que el analfabetismo era el común denominador en el continente europeo.

En los siglos posteriores, con el auge de la imprenta y el consecuente desarrollo de la técnica tipográfica, el concepto de tipos nacionales sería una característica del mundo occidental: las renacentistas italianas de Manuzio, las garaldas francesas de Garamond, las barrocas neerlandesas de Elzevir o las neoclásicas británicas de Baskerville, cada una de ellas representó una época, pero, sobre todo, reflejó un carácter y fue parte integral de la identidad nacional.

La historia reciente registra un capítulo oscuro, tal vez el más connotado en el que la política y la tipografía se encuentran en un contexto aún más sombrío que el actual. En tiempos de entreguerras, Alemania reflexiona sobre el cataclismo de la Primera Guerra Mundial sobre cuyas cenizas nace la República de Weimar, efímero experimento en el que germinan nuevas formas de ver el mundo, entre ellas la legendaria **Bauhaus**, como respuestas a una modernidad que se abría paso a golpes de cañón. La geometría ganaba terreno a las formas orgánicas del modernismo y el naciente régimen nacional socialista veía con desconfianza estas manifestaciones vinculadas con el bolchevismo, enemigo natural del nuevo orden que se proyectaba para la tercera república alemana, responsable de la más grande hecatombe mundial. En medio de este turbio escenario, Paul Renner, reconocido tipógrafo y pintor alemán, crea la tipografía **Futura**, personificación de las nuevas formas que los nazis proscribieron y reemplazaron por las tipografías góticas, que durante los primeros años de la tiranía fascista se

convirtieron en la identidad gráfica del régimen ya que, para Adolf Hitler, representaban un ideal de profundo patriotismo hacia la nación alemana. Sin embargo, en 1941, las góticas fueron eliminadas y el régimen acogió las tipografías romanas como su nuevo sello identitario. Paradójicamente, la Italia de fascista acogió desde 1932 las tipografías de palo seco como un estilo robusto que evocaba la grandeza del segundo imperio romano vislumbrado por Benito Mussolini. **Futura** tuvo una segunda oportunidad en este abyecto proyecto político y solo el tiempo pudo limpiar esta nefasta mácula.

No resulta difícil encontrar similitudes entre este episodio y el mencionado al inicio de este texto. Mas que una politización del arte, en este caso representado por las formas y la estética tipográfica, estamos ante una estigmatización racista y xenófoba que desfigura cualquier discusión objetiva y racional. Resulta oportuno citar al célebre historiador Enric Satué, quien reflexionaba sobre el totalitarismo y el diseño de la siguiente forma:

"(...) todo símbolo gráfico portador de valores ideológicos (de la política al deporte) es por su naturaleza icónica literalmente reaccionario, fanatizado y obsesivo. No es de extrañar, pues, que algunas de las mejores realizaciones en el campo de la imagen de identidad se produzcan en regímenes políticos autoritarios..."